

# Mujeres

## Sumario

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| La de hermosas mejillas.....         | 2  |
| Cadena de custodias.....             | 5  |
| Yo pisaré las calles nuevamente..... | 9  |
| Ella.....                            | 10 |
| Por amor a los pobres.....           | 14 |
| Diario íntimo de Pigmalión.....      | 17 |
| Cuando mueren las azucenas.....      | 21 |
| Un tenorio para Corín.....           | 25 |
| ¡Viva Palas Atenea!.....             | 29 |
| Secretaria.....                      | 33 |

## La de hermosas mejillas

Me canso. No es justo que seamos nosotras dos, las más viejas, las que tengamos que acarrear el agua desde la fuente. Mirad las canas de Andrómaca, mirad mis mejillas sin carne, ¿creéis que nuestros brazos pueden con tanto cántaro?

¿No decís nada? El tiempo hablará por vosotras cuando os hagáis viejas.

Yo también fui joven como vosotras. La de hermosas mejillas me llamaban. Nuestro amo debería respetar mis canas, siquiera sea por las veces que fui al lecho de Aquiles, su padre, el padre que él no conoció. Yo puedo darle de él más detalles y más verdaderos que los poetas vagabundos que vienen por fiestas a palacio para llenarse la tripa con las sobras de nuestra cocina. Por mí disputaron Aquiles, el mejor de los aqueos, y Agamenón, rey de hombres.

Porque yo no nací esclava. Vivía en la lejana Lirneso, allende el mar y demasiado cerca de Troya, cuando los dánaos llegaron en sus negras naves. Al principio, no hicimos caso. “*Un mes o dos de guerra y se marcharán*”, decíamos. Pero pasaron los años, y el ejército de Agamenón seguía allí, frente a Troya inexpugnable, asolando contornos cada vez más lejanos para procurarse botín, ganado, grano y mujeres.

Un día apareció Aquiles con sus mirmidones delante de nuestras murallas. Yo tenía quince años. Mis padres me habían dado marido, justo empezaba a conocer los placeres del lecho junto a él. Aquiles lo mató. Mató a mi padre también. Mató a mis tres hermanos. Me llevaban a la nave y no podía dejar de llorar. Por ellos. Por miedo a mi propio destino. Las mejillas se me enrojecen cuando lloro y Patroclo, el compañero de Aquiles, se fijó en mí. Me apartó de la rehala y me preguntó mi nombre. “*Briseida, eres demasiado hermosa para que Aquiles consienta que ninguno te ponga la mano encima. Le hablaré de ti, y verás como te hará su legítima esposa. Cuando acabe la guerra, en esta misma nave, vendrás tú con nosotros de regreso a nuestra patria, a la fértil Ftia, y allí celebraremos el banquete nupcial entre los mirmidones*”.

Una se resigna a todo, incluso a vivir entre hombres que sólo te respetan porque saben que tu dueño es otro más poderoso que ellos. Solo Patroclo era amable. Él me alegraba las mañanas cuando salía de la tienda de Aquiles. Él me acompañaba si quería pasear por la playa y mojar mis tobillos más allá de las varadas naves. Hubiera sido un marido atento y cariñoso.

Un día riñeron Aquiles y Agamenón. Dicen que fue porque un sacerdote de Apolo reclamó a su hija, esclava en el lecho del Atrida, y a éste le contrarió tener que devolverla para proteger al ejército de la peste. Sí, así fue. La peste. Por doquier el olor de la carne quemada, el humo de las piras. Nadie sabía por qué las flechas del dios alcanzaban a perros, mulos y hombres. Hasta que Calcante explicó la causa, preguntado por Aquiles, protegido por Aquiles de la ira previsible del más poderoso de los aqueos.

Sí, riñeron por eso, es verdad. Pero antes de eso, Agamenón me había visto en la tienda de Aquiles, y yo había notado en sus ojos de borracho la codicia del deseo. Esa noche hubiera dormido en su tienda si mi dueño hubiera sido cualquier otro y no Aquiles.

Y Aquiles... Aquiles me estimaba menos que su orgullo. Yo fui el trozo de carne del que jalan dos perros a dentelladas. Agamenón sólo pedía una compensación por perder a la hija de Crises. Poco le costaba a Aquiles haberse avenido y aceptar que entre todos los jefes resarcieran al Atrida por la merma en su botín. Un poco de ganado, unos trípodes, calderos... El campamento rebosaba de despojos, de pillaje, y la contribución de todos hubiera sido muy poco para cada uno. Pero Aquiles cerró la puerta al arreglo, porfó y rebatió. Y cuando Agamenón, crecido y colérico, insinuó primero y exigió después que yo misma fuera su compensación, Aquiles se obstinó, prefirió perderme, exhibirme ante los demás aqueos como una

afrenta insufrible para él. Orgullo contra orgullo, poco le importaba en qué lecho dormiría yo esa noche. Sólo mostrar que se le trataba injustamente.

Fue Patroclo otra vez el encargado de conducir mi triste destino de esclava. Otra vez él cogió mi mano y me sacó de la tienda para entregarme a otro amo, a los enviados de Agamenón. “*¿También se casará conmigo Agamenón?*”. Y Patroclo bajaba los ojos.

Sin Aquiles, los aqueos fueron como ovejas desamparadas por el pastor y a merced de un león que ha saltado dentro del redil. ¿Te acuerdas, Andrómaca? El brazo de Héctor mató más aqueos que las flechas de Apolo. Los cadáveres se pudrían en la llanura, festín de perros y buitres, sin tiempo para recogerlos y quemarlos de un día para el siguiente. Fueron los momentos de gloria de tu esposo. Pero él lo hacía por ti. Tú al menos conociste un marido tan amable como valeroso. Sí, ya sé que es más duro perder algo cuando se ha tenido, que no haberlo tenido nunca. Y que luego sufriste por él cuanta humillación pueden infligir los hombres a una mujer. Pero al menos, cuando ellos te humillaban, tú sabías que estaban recordando cuántas veces tuvieron que huir delante de los corceles de Héctor, y los nombres de sus amigos y camaradas caídos bajo su lanza. Sólo lamento que uno de ellos tuviera que ser Patroclo.

Cuando Héctor llevó el fuego hasta las mismas naves, mi nombre ya era maldito entre los que habían luchado sin cesar durante nueve años con la esperanza de asolar la bien amurallada ciudad, y ahora se veían obligados a combatir por no ser arrojados al mar. “*Briseida, la de hermosas mejillas, maldita sea. Por una muchacha cuántos tuvieron que morir*”, decían. Y cuando todos respiraban desaliento, Patroclo se compadeció de ellos, y rogó e imploró a Aquiles para que le permitiera acudir al combate con los mirmidones.

Y Aquiles accedió. Le dejó su armadura, su funesta armadura, la misma que vestía cuando mató a mi marido, a mi padre y a mis tres hermanos. Y con ella, el mismo empuje aniquilador de su dueño. Patroclo no se contuvo después de echar a los troyanos fuera del campamento, no volvió a las naves una vez conjurado el peligro. Tuvo que llegar hasta los muros de Troya, ebrio de sangre y matanza. Y cuando por cuarta vez arremetió, sin ver las señales del dios, el dios desarmó a Patroclo a los pies de Héctor para que lo matara, para que cobrara su armadura como botín y afrenta a su dueño, Aquiles, y así precipitar el destino de todos.

Tetis llegó con la aurora del día siguiente, cabalgando sobre la espuma de las olas, y encontró a su hijo llorando el cadáver de Patroclo. ¿Por qué los hombres más despiadados son tiernos como niños en presencia de sus madres? ¿Por qué son tiernos en el lecho y nada más levantarse pueden herirte de la manera más cruel? ¿Por qué las mujeres alimentamos a esos monstruos?

Tetis trajo una armadura nueva para Aquiles, y con ella, nuevamente redoblada, la locura homicida. Aquiles cambió su llanto por la cólera, sus lágrimas por centellas, y corriendo por la playa, daba voces de rabia convocando al combate.

“*¡Atrida!, qué estúpido hemos sido peleándonos por una muchacha. Ojala Artemis la hubiera matado en las naves el mismo día que asoló Lirneso.*” Así decía, como si la culpa fuera mía, y los aqueos aplaudían golpeando la tierra con las picas y los escudos con los pomos de las espadas.

Y el borracho Agamenón, falso y perjuro, ahora se deshacía en disculpas ante Aquiles por la injusticia cometida. Aquella misma mañana, antes del combate, me devolvieron a la tienda de Aquiles. Y antes aún, delante de todos, Agamenón juró que no me había tocado. No os riáis, pocos hombres habéis conocido vosotras. Con toda solemnidad, juró. Trajeron un jabalí, y Agamenón dijo su plegaria, mientras cortaba el gaznate de la bestia: “*Sea testigo Zeus, el primero de los dioses, y también la Tierra, el Sol y las Erinias que castigan a los perjuros, que nunca he puesto la mano sobre la joven Briseida, ni he subido a su cama, ni he*

*tenido unión con ella, ni por deseo de yacer ni por ningún otro motivo*". Acabar de decirlo, cogió al animal por las patas, chorreando sangre de su cuello, y volteándolo lo arrojó mar adentro.

Los dioses lo castigaron por este juramento. ¡Lo castigaron después por tantas cosas! A él y a todos los demás, a todos los que fingieron creerle. Porque a mí me devolvieron muy bien acompañada. Y eso impresiona más que los juramentos.

Allí mismo, en el centro de la asamblea, me dejaron junto con siete trípodes nunca antes puestos al fuego, veinte calderos relucientes, doce corceles que habían ganado carreras. Y mujeres, otras siete jóvenes, las más hermosas de entre las capturadas cuando Aquiles asoló la isla de Lesbos y que entonces habían formado parte del botín de Agamenón. Y oro, mucho oro. Diez talentos. Todo me rodeaba a mí. Todo eso valía yo, todo eso valía el orgullo de Aquiles. ¿Quién no creería un juramento tan persuasivo?

Vinieron los mirmidones y recogieron los presentes. Condujeron los corceles a los establos con los demás, y a las mujeres nos llevaron a la tienda. Fue entrar y ver el cadáver de Patroclo, las heridas negras de sangre seca, la espalda y el vientre alanceado, sus rizos morenos aún sin lavar, sucios de sangre y de polvo, aquellos bucles que yo apartaba de su frente con mis dedos cuando nadie nos veía. Allí caí yo abrazada a él, llorando. Lloraba Diomedes, hija de Forbante, que era de Lesbos también como las muchachas que me acompañaban, y que había ocupado mi lugar en el lecho de Aquiles mientras yo estuve en poder de Agamenón. Lloraba Ifis, la de bella cintura, regalo de Aquiles para Patroclo cuando tomó la ciudad de Esciro. Lloraba yo, acordándome. *"Patroclo, te dejé vivo cuando salía de esta tienda, y te encuentro muerto ahora que regreso. Desgracia tras desgracia, tú eres la última. Tú, el más dulce de los hombres, ahora estás muerto."*

Y con nosotras rompieron a llorar las muchachas lesbias: Teano, Ciseide, Adrastea, Cloris, Melanto, Eurínome, Anfitea. Ninguna había conocido a Patroclo. Pero todas tenían motivos de sobra para llorar por ellas mismas y por su destino.

Maldito sea, Tétis, el fruto de tu vientre.

## Cadena de custodias

Un cocker echado sobre un puff. Desde su mullida atalaya, vigila a una mujer cuarentona que pasea de lado a lado gesticulando con una mano y la otra pegada a la oreja. Viste de calle, pero calza zapatillas de casa.

— ¿Pablo? Oye, que voy con retraso. Calculo que llegaré para las diez.

— ...

— Enséñales la fábrica. Cualquier cosa que me dé tiempo a llegar.

— ...

— Tú entreténme a éstos y recuerda: ni se te ocurra entrar en materia hasta que yo haya llegado.

— ...

— Venga, hastalué.

La mujer sale del salón. El cocker salta del puff, la sigue por el pasillo. La mujer aporrea en una puerta.

— ¿Papá?

Entra, el perro en sus talones. En la cama, un anciano consumido. Gira la cabeza. El perro se acerca, planta dos patas y asoma el hocico y las orejas por el borde de la cama. El hombre sonrío, la mujer no.

— Quita —la mujer da un manotazo al perro—. Papá.

— Papá —repite, levanta la voz y silabea— Car-men-ven-drá-en-se-gui-da.

El anciano asiente.

— Me tengo que ir. Llego tarde.

El anciano levanta una mano, despacio.

— Quiero ir.

— ¿Al baño?

Y sin esperar respuesta la mujer empuja al perro con el pie y en un santiamén destapa al anciano, lo incorpora, le saca los pies fuera de la cama, le calza las zapatillas y lo pone tieso. Despacio, van dando pasitos, cogidos el uno del otro en un tango espasmódico. El perro zigzaguea detrás, a un lado, al otro.

Entran al baño.

— ¡No! —el perro se inmoviliza— ¡Fuera! —el perro retrocede dos semipasos de sus cuatro patas y se queda en el umbral, mirando.

La mujer tironea hacia abajo del pantalón del pijama. Deja al anciano sentado en la taza. Sale al pasillo. Entorna la puerta. Coge el teléfono. Antes de marcar se inspecciona las mangas, la blusa, la falda.

— Juan.

— ...

— Fatal, Carmen no ha aparecido todavía. ¿Qué tal las niñas?

— ...

— Cabronas. Solo pasa contigo, a mí no me lo hacen. Ya les ajustaré cuentas esta noche. Y tú, también, vaya padrazo, no me sirves más que para hacerme hijos, y ya ni...

El perro arranca ladrando hacia la puerta de la casa.

— Oye, ya está aquí. Un beso.

La cerradura chasquea. El perro enmudece, se inmoviliza. Se abre la puerta. Entra Carmen. Morena, gordita, de pelo azabache y ojos achinados.

— Hoooola Dioscórides —el perro salta y caracolea—. Vaaaale —y girando la cabeza—. Buenos días, señora Cristina. Disculpe mi retraso, el colectivo se dsañó en Manuel Becerra y quedó echando humo y los pasajeros en tierra.

— Tenías que haber cogido un taxi, Carmen. No puedes hacerme llegar tarde al trabajo.

— Sí, señora.

— Sí señora no va a hacer que ya no llegue tarde. Tenías que haber cogido un taxi. Papá está en el baño. Atiéndelo. Voy a calzarme.

Carmen se encamina a la cocina. Deja una bolsa sobre una silla. Dioscórides la olfatea, luego sigue a Carmen hasta el baño.

— Buenos días, señor Arturo.

Arturo asiente con la cabeza y hace intento de levantarse. Carmen se le acerca.

— ¿Qué tal ha dormido? ¿Bien?

— Diremos que bien —con voz que quiere ser firme. Y en voz que quiere ser más baja añade— Está enfadada.

— Con razón, me retrasé mucho ¿sabe?

— ¿Para qué tanta prisa?

— Su hija trabaja mucho, es una persona importante.

— Se ha de morir igual.

— No diga usted eso. ¿Pis o caca? ¿Qué hizo?

— No lo sé.

— A ver... Nada. Venga, vamos a desayunar. Tendrá usted ganas.

Arturo asiente.

— Él también —señala al perro.

— Él siempre, ¿verdad Dioscórides? ¿Cómo le pusieron ese nombre al perro?

Arturo sonríe. Es más alto y se apoya en Carmen con comodidad. El perro los sigue por el pasillo. Cristina se cruza con ellos con un respingo impaciente, entra al baño, cierra la puerta. Suena un móvil. Carmen lo coge de su bolsillo derecho con la mano izquierda.

— Te llaman —dice Arturo.

— Qué número más raro —lo guarda. El teléfono sigue sonando.

— ¿No coges?

— Ahora. Siéntese primero.

La mesa deja un pasillo con la encimera y los armarios. El anciano se sienta en el lado opuesto a la puerta, junto a un ventanal por el que casi entra sol. El perro se pone a su lado. Carmen saca el móvil, que enmudece sin darle tiempo a pasar el dedo.

— Tarde —dice Arturo.

— Que hubiera esperado. No sé quién era. Un número muy largo.

El perro sigue los desplazamientos de Carmen con la cabeza. Armario alto: taza, azúcar, cafetera, café. Frigorífico: leche, mantequilla, mermelada. Armario bajo: pan, una magdalena. Cajón: cucharas, cuchillo pala, cuchillo de filo. Pone la cafetera al fuego. Echa la leche en la taza. Deja el azúcar en la mesa. Pregunta:

— ¿Una tostada o dos?

Arturo levanta una mano y enseña dos dedos. Carmen corta dos rebanadas de pan y las pone en la tostadora.

— Pero no me engañe. Ayer le dio una al perro. El perro tiene su comida y se la daremos cuando usted haya acabado de desayunar. Que si no le entrarán las urgencias y querrá hacer en el —(suena el teléfono)—... ascensor.

Carmen mira el número. Duda. Descuelga.

— Aló.

— ...

— Sí, soy yo

— ...

Cristina se asoma a la cocina. Se acerca a su padre. Le da un beso en la mejilla. Mira a Carmen. Le hace un gesto con la mano. Carmen le responde y responde al teléfono.

— Sí, yo soy, Carmen Patricia Burguan Yépez.

— ...

Cristina sale al pasillo.

— ¿Mi niñito en la calle? ¿No estaba Jessica con él?

— ...

Cristina se queda junto al perchero, en escorzo frente al espejo.

— Mire usted, señor, no sé cómo ha salido el niñito, solo tiene tres años y no llega ni al pestillo. Jessica cuida de él y ahora a las 9 lo lleva a la guardería y ella se va al colegio, que está al lado.

— ...

— Pero es que se habrá quedado el pestillo sin echar y el niñito habrá salido detrás mío...

— ...

— Señor, por muy policía que usted sea, yo soy su madre y le digo que mi niña tiene ya para doce años y es muy responsable y cuida del niñito como yo o mejor.

— ...

Cristina amortigua los pasos hasta la puerta del piso.

— Ay señor, no puedo —Carmen mira hacia el pasillo— No señor, no puedo. Hasta las ocho no puedo irme de aquí—Carmen mira hacia el pasillo.

— ...

— Deje usted que mi Jessica lleve al niño a la guardería...

— ...

— No me van a quitar a los niños. Son mis niños, me los dio Dios. No me van a quitar a mis niños.

Dioscórides y Arturo miran fijamente a Carmen. Las tostadas humean. La cafetera solloza y salpica la vitro con lágrimas negras, hirvientes. Al otro lado del pasillo, la puerta hace clic, muy suave.



## Yo pisaré las calles nuevamente

El agua me escupe, me vomita. Mi cuerpo quebrado y descoyuntado se recompone al salir a la superficie. Dejo atrás las salpicaduras, la espuma de mi muerte, y asciendo durante un minuto y diecisiete segundos hasta encontrarme tres mil metros más arriba con el Skyvan, gordo abejorro, polinizador letal, que viene hacia atrás recogiendo trece cuerpos adormilados regurgitados por el mar. En la panza, junto a la cola, se abre la portezuela y entramos de a uno, en suave parábola que nos deja en manos que nos aferran, que nos arrastran lejos del portón, que nos visten con ropas de tela y grilletes. El médico sale de la cabina de vuelo, donde se esconde de su juramento hipocrático, y nos pincha uno por uno. La jeringuilla succiona la última dosis de pentonaval. Nos entra la niebla, la vaga conciencia del ruido, del extravío. Mientras, el avión alcanza la costa y enfila hacia Aeroparque y toca el cemento de la pista y se para.

Dos muletas vivas, samaritanos del infierno, nos sacan del avión por cada hombro y nos llevan arrastrando los pies hasta el camión verde militar. Descorren el toldo de lona y desde arriba cuatro brazos como polipastos animados jalan de nuestros cuerpos mientras desde abajo otros brazos nos alivian del peso.

El camión da marcha atrás en primera, segunda, tercera, cuarta y quinta hasta que reduce y frena por fin en el recinto de la Escuela. Nuevamente polipastos y muletas nos conducen a la sala. El médico nos vuelve a pinchar y nos saca ya del cuerpo la primera dosis de pentotal naval. Estamos en la sala que siempre hemos percibido a través de la capucha, y comprendo las palabras que todavía no se han dicho acerca de que nos van a vacunar para trasladarnos a un campo de rehabilitación, a una granja de trabajo en el sur. No sé si creer a mis deseos de escapar de aquí o a la certeza de que nunca nunca saldremos con vida.

Y una vez desdichas y desoídas las palabras, me pregunto por qué estamos juntos y descapuchados. Nunca ha ocurrido. Nos ponen las caperuzas, desandamos hasta la Capucha y me tumbo en la cucheta a esperar el paso de las semanas, llamando cada poco para hacer mis necesidades, arrastrando los grilletes, comiendo por debajo de la capucha, subiendo y bajando a los interrogatorios con la capucha. Siento mi cuerpo desnudo sobre el catre de hierro. Siento la laucha que deja de garrear y morder en mi vientre y se va. Siento la quemazón esperada, temida, pero imprevista, en qué pecho, en qué parte de la entrepierna, en qué encías, un dolor tan poderoso que afloja y enciende las luces del techo.

Un día me levantan del catre. Me ponen a tirones las bombachas, la tetera, la pollera, el saco, un trapo en la boca. Me arrastran y me chupan al suelo del Ford Falcon. Me pisan cuatro botas. El carro se mueve, no sé por dónde ni adónde. El tiempo pasa, no se acaba nunca, hasta que llegamos a mi calle, a la puerta donde vivo. Me quitan el trapo de la boca, me despachan entre cuatro de un empujón a la calle. Allí está Raúl. Se levanta del suelo, su ropa se alisa y cuatro agujeros en su espalda chupan su sangre y se cierran impolutos. Se oyen petardos. Raúl viene corriendo hacia mí, de espaldas, poco antes de que otras manos como garfios coloquen a Raulito en mis brazos y el niño deje de llorar. El Falcon se va marcha atrás chillando los neumáticos, y Raúl y yo, con el niño, desandamos a casa de la abuela como todos los días, por las calles tranquilas de mi barrio.

Los chavales estaban sentados en corro. Cuando la sotana de Mosén Agulló apareció por una esquina de la plaza, uno levantó la mirada, el que contaba el cuento calló, el que era monaguillo se levantó y los demás lo siguieron para hacer cola delante de Mosén y besarle la mano.

Mosén se perdió por la otra punta de la plaza. Alguien propuso jugar al frontón en la pared del convento. El apremio de la historia interrumpida se desvaneció. Aunque a Lluís, desde aquel día, le quedó un repelús. Sobre todo cuando pasaba cerca del palacio de los Condes. Soñaba ser el caballero cristiano herido y prisionero, curado y rescatado por la princesa mora. Pero le encogía el aliento pensar que la princesa habitaba el sótano, y desde allí guardaba la entrada al pasadizo que comunicaba con el castillo, allá arriba. ¿Habría armas en el túnel? ¿Y esqueletos? ¿Y cómo se aparecería la princesa? ¿Cubierta con un velo, con un velo azul, como el de la Mare de Deu del Miracle, cuyo retrato sobre pan de oro se veneraba en la capilla del convento, junto al palacio? ¿Se apartaría de los intrusos o sería furiosa y vengativa con los que se atrevieran?

Pasar junto al palacio le daba repelús.

El palacio señoreaba la villa. Sólo el convento, en realidad una prolongación del palacio, tenía muros tan altos y recios. Pero más aún que el palacio, era la silueta del castillo la que dominaba todo. Desde cualquier lugar del pueblo, por encima de los tejados, se asomaba el casquete recortado de la peña, la inmensa roca gris y su torre enhiesta y cuadrangular, como el yelmo de un gigante y su penacho. Y la mirada de Lluís se escapaba allá arriba en cualquier momento, sin poderlo evitar y sin poder evitar recordar que allá arriba terminaba el pasadizo cuya entrada guardaba la princesa.

Un día Lluís tuvo quince años. Se sentía enamorado sin saber de qué y desafiado sin saber por qué. Cuando levantaba la vista hacia el castillo pensaba en la princesa mora y trazaba posibles rutas de escalada. Un día arrancó a subir contra todos sus miedos, zigzagueando, gateando, agarrándose a las matas de tomillo, de espliego, de manzanilla.

Las aulas eran los barracones del viejo aeródromo. Algunas conservaban la curvatura original del hangar que fueron. A las tardes, cuando decaía el movimiento de clases y de alumnos y empezaban las horas de biblioteca, Amparo y Lluís se dejaban llevar por su embeleso más allá del campus, por donde la vieja torre de control y la planicie de la pista de tierra. Había un par de depósitos de agua a los que se podía subir por una escalerilla metálica, y la boca de un pasadizo que ahondaba en la tierra. Lluís ya había subido a los depósitos.

...

– ¿Bajamos? -dijo ella.

– Está lleno de... ¡Cómo huele!

– Solo al principio. No creo que nadie se meta muy adentro para aliviar un apretón.

– ¿Para qué habrá servido este túnel?

– ¿Y tú estudias para arqueólogo? Bajemos y lo sabremos.

– Está oscuro. No tenemos linterna.

– En el laboratorio hay velas.

La encendieron a los cincuenta pasos. Paredes, techo y suelo eran cemento viejo, lleno de cárcavas. La rampa quebraba súbitamente a la derecha y se nivelaba. Veinte pasos mas allá, se bifurcaba en dos ángulos rectos.

– ¿Qué? ¿Volvemos? -Lluis miraba a un lado, al otro, atrás, y finalmente a Amparo, que sujetaba la vela.

Amparo cogió la mano de Lluis y tiró de él.

Otros tantos pasos, otra bifurcación y una pared: el túnel terminaba en un fondo de saco con bancos corridos a los lados.

– ¿Qué te parece? -Amparo movía la vela.

– Un refugio antiaéreo, supongo. De la guerra.

Amparo movía la vela con descuido mientras miraba en derredor. La luz y las sombras titubeaban en su cara, perfilándola desde ángulos imprevistos. Lluis, de pronto, cayó en cuenta:

– ¿Sabes?, tú podrías haber posado para el busto de la Dama.

Abstraído en el juego de fijar su imagen y saber si un tocado ibérico sería más real o más hermoso que sus rizos negros, se precipitó en la sonrisa que se le ofrecía.

Después del beso, ella se apartó un momento. Sobre el banco corrido, vertió un poco de cera para fijar la vela, que allí quedó, enhiesta y palpitante, mientras ella se volvía hacia él.

...

Al principio, Amparo pensó que la desgana de Lluis no era más que el peso de los años, o un poco de tristeza por la hija que se marchaba de casa y por todo lo que pasaba y no volvía. Pero cuando su semblante tomó el color de la tierra y los picores empezaron a no dejarle dormir, Amparo le impuso la visita al médico. Unas pruebas por vía de urgencia acabaron con un volante para su ingreso inmediato. Amparo preparó el bolso con prendas que sin decirse los dos sospechaban inútiles, como un pijama que no se habría de poner, y una bata y unas zapatillas para estar en la habitación, que apenas usó los primeros días, hasta que cayó inmovilizado en la cama.

En la puerta de casa, al arrancar el coche, con las palabras callando lo que los dos sabían, parecía que empezaba la representación con la que el mundo juega a escamotear la verdad al moribundo. Los días siguientes transcurrieron entre pruebas y oráculos médicos mal transmitidos y peor interpretados, partes de guerra victoriosos de un ejército en desbandada.

Lluis hubiera deseado, como todo el mundo, una muerte dulce durante el sueño, y no la iba a tener. Tampoco tendría una copa de cicuta y la oportunidad de demostrar su propia gallardía: no había un enemigo al que enfrentar con la propia muerte, ni un teatro donde representarla. En lugar de todo eso, le aguardaba una agonía tan larga y dolorosa como inútil, en medio de una farsa en la que todos pensaban una palabra y nadie la pronunciaba.

Un día vino el médico, pomposo como siempre y asistido por dos batas blancas. De nuevo, pareció querer hacerle creer que todo su problema eran los picores y las malas digestiones. Amparo lo acompañó hasta la puerta. En el rincón escondido a la vista de Lluis, el médico le hizo una seña para que saliera al pasillo.

Cuando Amparo volvió a la habitación, cruzó con Lluis la misma mirada quebrada que una esposa infiel cambiaría con su marido cuando sabe que acaba de ser descubierta pero que el otro no va a decirle nada. Y no se sintió redimida por darle agua cuando la pedía, por cambiarle de postura o acompañarlo en el duro trago de llegar hasta el baño, sentarse en la taza y hacer sus necesidades.

Mucho rato después, Amparo se sentó junto a la cama, mirando a Lluís de frente y cogiéndole la mano. Se prohibió pronunciar una palabra en la que no creyera, dispuesta a afrontar todo lo que Lluís afrontara. Y al final, cuando llegaba el momento de despedirse por unas horas, se incorporó y lo abrazó.

La puerta se abrió.

– Hola papá.

Amparo giró la cabeza apenas un momento y la hija se dio media vuelta, como si los hubiera sorprendido desnudos.

– Haz que no venga, Amparo -dijo Lluís-. No quiero que me vea así.

– Pensaré algo.

Lluís asintió. La hija volvió a entrar un minuto después, con un intento de sonrisa en la cara. Lluís pensó que, después de todo, había tenido dos mujeres tan hermosas como una diosa griega.

...

– Mamá, ¿qué haces aquí? Esta noche me quedaba yo.

– Ya lo sé. Pero quiero quedarme yo.

– Han dicho que lo van a sondar.

– Ya lo sé, lo ha comentado la enfermera a mediodía, que se lo dirán al médico mañana.

– Él no quiere.

– Ya lo sé. Venga, vete.

Amparo esperó hasta que las enfermeras hicieran la última ronda. Se acercó a Lluís. Con una mano apretaba el brazo libre de vías, y con la otra acariciaba su frente y sus mejillas. Poco a poco, bajó los dedos por detrás y debajo de las orejas, hasta el cuello, el pulgar a un lado, el índice al otro, aplicando una suave presión.

– No te preocupes, Lluís. Duerme.

...

Le desafiaban la peña, la roca gris redonda como el yelmo de un gigante, y el castillo arriba, su penacho. Salió del pueblo por el arrabal. Dejó atrás huertas, tapias, higueras y algarrobos, y arrancó a subir zigzagueando, gateando, mezclando su sudor con los aromas del tomillo, del espliego y la manzanilla.

Al principio, la torre se hizo invisible, tapada por la propia curvatura de la peña. Luego, poco a poco, su perfil cuadrado y arenoso fue asomando por encima de la ladera plomiza. Al llegar junto a ella le estremeció su propia insignificancia, constreñido entre sus muros y el vértigo azul del horizonte. La peña se desplomaba sobre el pueblo como la parábola de una cascada de piedra gris. De entre todas las casas, destacaba la techumbre del palacio y su gran patio interior, allí donde arrancaba el pasadizo cuyo secreto guardaba una princesa.

Se mareó intentando seguir el vuelo circular de un buitre que se recortaba por momentos contra el cielo y luego descendía para camuflarse contra los tejados, los campos, las choperas, los caminos.

Rodeó la torre con sigilo. Una abertura adintelada y elevada prohibía el paso a los pusilánimes. Escaló un poco y se asomó. Por el interior, adosados al muro, unos estribos apenas más anchos que el paso de un gato marcaban los apoyos de la escalera que hubo. El suelo era maleza y piedras, y un boquete negro.

Bajó, embriagado por su propio miedo. Bajó, y donde esperaba oscuridad, surgió ella, con sus rizos negros, su boca perfecta y el resplandor en la mano.

Bajaron juntos. Ella con sus ojos negros le indicaba el camino y con su mano blanca tiraba de él.

– ¿Sabes? -empezó a decir él-, ya sé quien eres.

La luz en su mano creció hasta anular el túnel y disolver las paredes, mientras ella lo cubría con una llamarada.

...

Amparo se volvió desde la puerta como si se hubiera olvidado algo. Dio la luz y levantó las sábanas. Le limpió la entrepierna con un par de pañuelos de papel. Lo tapó, tiró los pañuelos, apagó la luz y fue a avisar a las enfermeras.

## Por amor a los pobres

ELLA: ¿Me juzgas?

ÉL: ¿Juzgarte? ¿Por qué?

ELLA: Te llevo ¿cuántos? ¿quince? ¿veinte años? Tengo tres hijos. Soy una mujer casada...

ÉL: ... con un amigo mio, sí. No me hace feliz recordarlo.

ELLA: Y aquí estoy, metida en la cama contigo.

ÉL: ¿No me tendría que juzgar también yo?

ELLA: Es distinto. No estás casado. Y además, los hombres...

ÉL: Se nos perdona todo, Carmen, por favor!. Si te juzgara mal esto no habría ocurrido entre nosotros. No te atormentes.

ELLA: Bueno... ¿Ni siquiera quieres saber por qué he llegado hasta aquí?

ÉL: El deseo no se explica. Está ahí.

ELLA: El deseo ... Sí, al final todo se reduce a eso, pero ¿no te parece que yo debería explicar por qué le hago ésto a Paco?

ÉL: Carmen, no te juzgo. Y si te juzgara, dudo que encontrara causa para condenarte.

ELLA: ¿No te interesan mis cosas?

ÉL: Sí, claro que me interesa todo lo tuyo. Me interesas tú. Me pareces hermosa y...

ELLA: Dos mentiras seguidas, aunque sean piadosas, ya vale. Mira, yo no tengo tus estudios, pero sé apreciar cuando un hombre tiene atractivo y las chicas se fijan en él. Tú eres de éstos. ¿Cuánto tardará en aparecer en tu vida una chica más joven que yo, más guapa que yo y más culta que yo? Mañana me saludarás con amabilidad, espero que sin despreciarme, y punto. Esto para ti ha sido un ... aquí te pillo, aquí te mato.

ÉL: No, Carmen. Ha sido raro que tú y yo nos hayamos encontrado. Y de verdad, sí, tengo interés en saber por qué ha ocurrido. Supongo que en tu vida hay algo que no funciona. Pero no quiero escuchar algo que tú, quizás, te arrepientas luego de haberme confiado.

ELLA: ¡Desde luego, cómo sois los intelectuales!

ÉL: Deja ya esa muletilla. Sabes que hace tiempo que acabé de estudiar. Nunca dejaréis de meteros conmigo porque no nací obrero.

ELLA: Habrás dejado de estudiar, pero te comportas como Paco decía de los “intelectuales”: soltáis frases rimbombantes, pero no veis la realidad. Aunque Paco tampoco se imaginaría ésta: que tengas tu mano entre mis piernas y me digas que me lo piense antes de hacerte una confidencia. ¿Crees que me puedo avergonzar aún de algo mayor que ésto? Una se abre de piernas y ...¡Ojalá mis hijos nunca lleguen a saber esto, Dios mío!

ÉL: Venga, tontuela, no llores. Tienes toda la razón. Por eso ha pasado lo que ha pasado, porque siempre me has parecido una mujer muy inteligente.

ELLA: ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

ÉL: Hace seis años

ELLA: Tú tenías...

ÉL: Dieciocho

ELLA: Viniste a mi casa. Había reunión de célula.

ÉL: No, fue algunas semanas antes. Una charla de captación en la Iglesia del Salvador, en la vieja escuela parroquial. La daba Paco. Y al salir, tú estabas esperándole con los críos. Me fijé en ti.

ELLA: No me acuerdo de eso. Estaría embarazada del pequeño. Recuerdo cuando empezaste a venir por casa, a las reuniones. Yo me tenía que meter en la cocina con los críos para no molestaros. O irme a casa de mi madre. Pero luego, cuando volvía, nadie había vaciado los ceniceros ni ...

ÉL: Es verdad. Mucho hablar de la explotación de la clase obrera ...

ELLA: ... y nadie se acuerda de la mujer. ¿Sabes?, me alegré cuando la vecina largó a la policía que aquí venía mucha gente y se tuvieron que dejar de hacer las reuniones. Pero sí, me fijé en ti desde el principio. Más de una vez me ayudaste a recoger las sillas. Y eras amable con los críos. Jugabas con ellos al entrar y al salir.

ÉL: Todos los que veníamos teníamos alguna palabra amable con ellos.

ELLA: Una madre sabe cuando a sus hijos se les dice un cumplido o una palabra sincera. Todos no. Tú sí. Más que su padre, mira lo que te digo.

ÉL: ¿Paco? Siempre me pareció cariñoso con ellos.

ELLA: Si. Cuando estaba con ellos. Pero ¿cuándo estaba con ellos? Y luego, bueno, nadie sabe lo que lloré cuando Paco se enfrentó a su hermano.

ÉL: Pues aquello fue un ejemplo. Nos impresionó a todos.

ELLA: ¿Denunciar a tu hermano? Vinieron los inspectores a la fábrica, le pusieron una multa y luego, todo igual. Pero el disgusto en la familia, ¿quien lo arregla?

ÉL: Ya sabes...

ELLA: Ya—lo—sé: el que ama a su familia más que a mi, no es digno de mi. ¿Te crees que no me sé toda esa monserga?. Yo también he ido a cursillos, he estudiado el Evangelio, hice el Plan Cíclico. Pero no por amor a Jesús ni a la clase obrera. Por amor a él, que era el padre de mis hijos.

ÉL: Nunca ninguno de nosotros imaginó ...

ELLA: ... ¿que yo, la esposa del responsable, del que os daba ejemplo de militancia y de vida cristiana, no estaba de acuerdo con lo que hacía mi marido? Esa es mi culpa, no haberlo sabido entonces. Yo aceptaba todo lo que él hacía. Creía en él. Lloré, pero no rechisté cuando él pasó de tener un trabajo seguro en la empresa de su hermano, cómodo, en la oficina, a andar de obra en obra, de peón. ¿Tú sabes cómo llegó a casa el primer día que trabajó en la construcción? Paco no había trabajado nunca con sus manos. A la tarde, había llegado un camión de cemento. A los pocos sacos, los brazos se le quedaron insensibles, muertos, caídos, ni para arriba ni para abajo. Y los compañeros le escondieron, para que el encargado no lo viera parado, y se repartieron su carga entre todos.

ÉL: Aquella anécdota se la oí contar. Un ejemplo de solidaridad entre los pobres. Paco sacaba fuerzas y ejemplos de todas las miserias que vivía en las fábricas y los tajos.

ELLA: La contó, claro. Ufano. Se acostumbró a deslomarse. Le gustaba mirarse las manos encallecidas. A más callos, menos caricias, ¿sabes? Tampoco es que él fuera especialmente.... Me avergüenza decirlo. Toda mi vida después de hoy, cuando me encuentre contigo, me avergonzará recordar que te lo he dicho: nunca he ... sentido como este momento contigo. No imaginaba que pudiera ser así.

ÉL: Carmen, no quiero que nunca te avergüences de ésto. Ni que mires resentida al pasado. Todos, él, yo y todos los demás, estábamos entregados en cuerpo y alma a la causa.

ELLA: ¡La revolución de Cristo, el Reino de Dios en la tierra! Ja. Unos más que otros. Si él se hubiera quedado ahí, en peón de albañil, yo le hubiera perdonado hasta la zozobra de esperar en cualquier momento el timbrazo de la policía de madrugada, la humillación de que registren tu casa y tú en camisón, con los hijos asustados cogidos a ti. Y luego tener que ir a la mañana a comisaría a preguntar por él, y atormentarte con lo que le estarían haciendo. Me hubiera conformado con eso, pero tuvo que irse a Madrid aquel año.

ÉL: ÉL famoso curso en la ZYX.

ELLA: Y la chabola en el Pozo del Tío Raimundo. Me tuve que poner a trabajar, sola y con tres hijos, porque el sueldo de liberado no llegaba. Que él quisiera ser el más pobre entre los pobres, vale. ¿Pero qué culpa tenían los niños? ¿Y yo? ¿Acaso yo no soy pobre, acaso yo no necesito una caricia, una cama caliente, una palabra amable?

ÉL: ¿Por qué no rompiste con él entonces? ¿Lo vas a hacer ahora que todo se ha acabado, que la vida vuelve a ser normal?

ELLA: Porque entonces todos vosotros me hubierais mirado como una renegada burguesa que traicionaba al mejor de vosotros. Ahora, muerto Franco, se acabó la rabia. Se desinfló todo, la revolución, la militancia, la clase obrera. Todo se acabó. Sólo quedan nuestras vidas.

ÉL: Sí. Nadie se imaginaba que ésto acabaría así, con los trepas, los que nadaban y guardaban la ropa, de diputados y concejales. Y el año que viene, ministros.

ELLA: No sé. Igual tiene que ser así, que manden los que saben, la gente práctica. Porque ¿sabes qué te digo? Que si vosotros, con vuestra revolución, hubierais triunfado con vuestros proyectos, vivir con vosotros sería irrespirable. Vuestro Reino de Dios en la tierra sería un infierno.

ÉL: No llores, Carmen. Por favor, no llores.

ÉL: ¿Te molesta mi mano? ¿te irrito?

ELLA: No, por favor. Déjala. Nunca había sentido algo así. Dame un beso.



## Diario íntimo de Pigmalión

Hoy hemos nacido el uno para el otro. Galatea ha llegado vestida con un vaquero y una camisa de finas rayas azul claro. Las dos prendas le ajustan bien de largo, son su talla, pero flotan alrededor de sus brazos y sus piernas.

Es tal como la había soñado, esbelta, grácil. El pelo, del color de la manzanilla, recogido atrás en cola de caballo. Los labios carnosos, pero no grandes. Los ojos, ingenuamente azules. La nariz y la barbilla, con el dibujo perfecto que sólo tienen los rostros infantiles.

Ella ha respondido a mi “*Hola, Galatea*” con otro “*Hola, Martín*”, y a mi sonrisa con una sonrisa de fresa y nata.

Dos pasos hacia ella. No me he atrevido a dar el tercero, temiendo que se espantara de mí como una gacela. He extendido mi mano y ella la ha cogido. De sus dedos, de la palma de su mano, he recibido la descarga que me ha hecho sentir tan criatura como ella. ¡Oh, qué momento gozoso!

La he llevado de mi mano por toda la casa con el entusiasmo de un niño que quiere enseñar el Paraíso. La terraza, sus vistas. El salón y la biblioteca. La cocina y todas las dependencias utilitarias. También la que será su habitación, cuando quiera aislarse. La mía está al lado.

Esta noche, a la hora de acostarse, ella se ha dirigido a su habitación. A mí me ha costado dormirme.

...

Primer día. Hemos salido juntos a pasear por el parque. Hay todavía entre nosotros dos demasiados silencios.

Hemos empezado a caminar cogidos de la mano. Al poco, yo he tenido el impulso de pasarle el brazo por encima de los hombros. Ella ha enlazado mi cintura con naturalidad, como si lo lleváramos haciendo desde siempre. Nos hemos sentado debajo de un sauce. He acercado mi boca a su oreja y le he susurrado un “*te quiero*”. Y cuando he puesto mis labios sobre su sien y su mejilla, ella ha vuelto el rostro hacia mí y nos hemos besado.

Yo hablo mucho, y ella escucha y asiente. A veces pregunta. Los patos, el estanque... Se ha acercado al agua y ha metido las manos. Yo también. Hemos jugado a mojar nos la cara con las salpicaduras.

Al llegar a casa, la he cogido de la mano y hemos entrado a mi habitación. Desnudarla por primera vez ha sido como desembalar un regalo precioso del que quieres conservar todo, hasta el papel que lo envuelve. Al desabotonar su camisa, sus pechos se han abierto delante de mí. Son tan pequeños que no necesita sujetador. Ha arqueado un poco los brazos y las mangas han caído. Ha levantado alternativamente una pierna, luego la otra, como haría un niño, y he recogido el pantalón de entre sus pies. Sus ojos acompañan a los míos cuando la recorro con la mirada, y cuando pretendo un duelo de pupilas, me desarman con su candor. Me acerco. La beso. Abre la boca si empuja con la lengua. Abre, abre... Me avasalla tanto su actitud de entrega, tan suave y dulce, tan quieta y callada, que me ha hecho dudar, al penetrarla, si seguir empujando. Al final lo he hecho, muy despacio.

Hemos dormido abrazados, ella con un ligero rubor en las mejillas.

...

Fiesta de presentación. Treinta personas. Ella ha estado impecable. Sin timidez. Sin la exaltación que a uno le invade cuando es el centro de atención. Los ha sorprendido a todos. Incluso a mí mismo.

Cuando nos han preguntado por la boda, ella ha respondido con tal precisión de detalles que yo he preferido dejar esta parte de la conversación a su cargo. Escuchándola, me han parecido más reales sus recuerdos implantados que los míos, originales y verdaderos.

Después, hemos ido a mi dormitorio. Suave, siempre suave. No quiero que se me rompa. La amo.

...

Galatea se ha convertido en la preferida de todos. No hay reunión que no cuente con su presencia tranquila y amable. Es estupendo que haya encajado tan bien.

Es curioso, no matiza el trato entre hombres y mujeres. Como si no supiera establecer esa distancia sutil que hay entre los sexos.

...

Hoy he llegado a casa deseando verla y no estaba. La he llamado, y su comunicador ha sonado en su mesilla de noche. A medianoche he empezado a hacer llamadas. Cuando me he dado cuenta que estaba transmitiendo a los conocidos una imagen de marido celoso, he dejado de preguntar.

Cuando ha regresado -muy tarde-, ella no le ha dado importancia ni a su retraso ni al hecho de haberse olvidado el comunicador. Ha notado mi enfado, mi silencio, mi sequedad. Pero no reacciona. Me deja perplejo. Hemos dormido juntos el uno al lado del otro, nada más. Yo no podía.

No es que regrese tarde por nada especial. Es, simplemente, que los amigos prolongan la diversión y ella no ve motivos para dejarlos. Luego, cuando llega a casa y me encuentra cariacontecido, se queda vacilante. No nos entendemos. Yo quiero estar con ella. Es normal que la busque y la espere. Pero ella no entiende la frustración que me causa.

La otra noche, en la oscuridad del dormitorio, rompí a llorar muy quedamente. Algo me dice que ella lo percibió. Pero no hizo nada.

...

Ayer regresó muy tarde. Con la marca de unos labios en el cuello. Ella me lo ha contado con esa sencillez que me desarma. Roberto la traía de vuelta. Han dado un rodeo de una hora o más por su apartamento. Eran las dos y media cuando ella ha llegado a casa.

He pasado toda la noche llorando en mi habitación. Ella, mientras tanto, dormía apaciblemente en la suya. ¿Cómo es posible que ocurra una cosa así y de esta manera?

...

Ha sido muy incómodo hablar con el ingeniero de Pigmalión-SRC. Lo ilegal de esto me deja sin ninguna garantía ni obligación por parte de ellos a darme servicio post-venta. Los únicos asideros para que me atiendan son el crédito de mi cuenta corriente y la amenaza de un escándalo.

El ingeniero me ha escuchado sin interrumpirme durante varios minutos. He acabado con esta pregunta, retórica e irónica.

— ¿Ella me quiere?

— Digamos que “ella” ha sido programada para complacerle.

— ¿Complacerme? Tengo la sensación de estar con una autista.

— No. Una autista no aceptaría el contacto físico, ni siquiera una caricia con la mano. No digamos una penetración vaginal.

Me dio asco oírle hablar así después de los circunloquios y rodeos que yo había utilizado para describir nuestra intimidad.

— Técnicamente, un robot es un psicópata, no un autista -concluyó.

Me asusté. El ingeniero continuó:

— Tranquilo. Nunca le hará daño. Está programado para complacer.

— Sí, tan complaciente que cualquiera que pase a su lado...

— Sí, claro. Su respuesta sexual es automática. Si el ambiente es adecuado, basta un beso, una caricia, para despertar su aquiescencia. Aquiescencia, esa es la palabra. Bueno, también pasa con algunas personas... humanas. Si quiere evitarlo, ya sabe, vigílela.

— No es eso. Yo no quiero ser su guardián,. Yo quiero que ella sienta que su infidelidad me duele, que sienta mi deseo de ella y mi sufrimiento por ella. Ella no siente.

— “Ella” sufre.

— ¿Sufre?

— A su manera. Cuando no consigue complacer, cuando percibe malestar, “ella” se perturba. Porque no es el resultado que espera y no entiende por qué. Hay, incluso, un pequeño riesgo de que estas situaciones de conflicto deterioren su mecanismo. Porque en algún lugar de su interior hay un cúmulo de energía, una pequeña chispa que no se canaliza adecuadamente, que fluye circularmente sin encontrar la salida.

— Pero eso es un defecto de fabricación...

— No, no lo es. Nosotros fabricamos el producto con arreglo a las especificaciones del contrato. A día de hoy la robótica no es capaz de mejorar el producto. Para dar salida a esa energía, a esa estasis de sufrimiento, deberíamos ser capaces de proporcionarle conciencia y libre albedrío. Ningún fabricante lo ha hecho ni lo hará: el Gobierno vigila para que nadie lo intente siquiera. Como no podemos, simplemente hemos reforzado su circuitería interna, dimensionando los componentes y circuitos hasta la última soldadura para que resistan lo que en definitiva no será más que un sobrecalentamiento. Ahora bien, si usted nota que sus movimientos se vuelven torpes, o su hablar no es fluido o se vuelve incoherente, en fin, cualquier anomalía, ya sabe cuál es el procedimiento para desconectarla. Debe hacerlo para impedir daños.

— Pero ese procedimiento, es como matarla.

— Por el tiempo que usted quiera. Luego, le da al botón y voilá, a funcionar. Eso le dará tiempo para analizar la situación que le produce estrés y tratar de corregirla. Procure que no sufra.

— Pero entonces, el que tiene que sufrir soy yo. Es... terrible.

— Bueno, en último extremo Pigmalión-SRC admite que devuelva el robot a fábrica. Le reembolsaremos el ochenta por ciento de lo pagado.

— No, no es eso. Es terrible querer la felicidad de otra persona y sufrir por no saber cómo conseguirlo.

— Es un robot. Devuélvalo y dormiré tranquilo.

— ¿Y qué ocurrirá con ella?

— Será reconvertida para otros usos. Reprogramada. Su rostro y su figura serán modificados, obvio, para que pase por un robot normal.

No he aceptado. Yo la quiero. Quiero seguir viendo su sonrisa de fresa y nata, ahora que sé que detrás de su expresión incierta, insegura, hay un alma perdida entre la niebla, que no acababa de nacer.

Sufriré. Tendré que beberme muchas veces mis propias lágrimas, y hacerlo sin que ella me vea.



## Quando mueren las azucenas

-V-

– ¿Por qué yo?

– Porque eres el único penalista competente al que no le va a tentar ni distraer la repercusión mediática del caso. Estoy segura de que buscarás lo mejor para Marilena.

– ¿Sois amigas?

– Le he llevado su divorcio, nada más. Fuimos juntas a Carmelitas, incluso comulgamos juntas. Era de esas compañeras de colegio que no llegas a tratar, pero que nunca olvidas porque todas nos mirábamos en el espejo para ver si nos parecíamos a ella: guapa, ni un grano en la cara, sonrisa de anuncio, y una melena rubia como los ángeles. Después nos perdimos de vista. Una vez la vi saliendo del cine con un hombre al que imaginé su marido. En otra ocasión, recogiendo niños a la puerta de un colegio. Alguna amiga me ratificó esos indicios: se había casado con un empresario y vivía a lo grande en una urbanización de lujo. Fíjate qué sorpresa cuando hace tres años llegó a mi despacho para pedirme que le llevara el divorcio.

– ¿Y en ese tiempo?

– No nos hemos hecho amigas. No quiero que nada personal interfiera con mi trabajo. He seguido mirándola de lejos, aunque ahora ya como un ángel caído. Aún me pregunto si se hubieran salvado los niños de haber llegado yo puntual al despacho.

– Aunque hubieras leído el correo a las cinco de la madrugada, cuando te lo envió, los niños habían tomado las pastillas con la cena. Ya era tarde.

– Pero se salvaron dos.

– La misma dosis de diazepam para los cuatro. No es lo mismo un adolescente de catorce años que un niño de tres.

– ¿Te das cuenta? Se equivocó en la dosis. Sólo quería llamar la atención. Como su suicidio. Se encierra en el garaje con el coche en marcha, pero no se le ocurre tapar la rejilla de ventilación para la caldera.

– Al jurado no le gustará que su torpeza le haya salvado la vida y que yo alegue que mató a sus hijos por torpeza.

– No, claro.

– ¿Por qué ahora? Llevabais tres años con el divorcio, y al final, cuando habías conseguido lo mejor para ella..., no lo entiendo. ¿Por qué?

– Lo conseguí, como abogada. Como mujer, veía que para ella cada trámite, cada firma, cada alegato y cada plazo por cumplir, eran un lamento, un grito, una llamada de auxilio y una esperanza insensata. Cuatro hijos de tres a catorce años aloban a una mujer sola. Te comen. Pero yo no podía decirle: renuncia a la custodia, estás en tratamiento psiquiátrico, no puedes. Porque el pleito la mantenía viva. Yo sólo soy abogada y tramité lo que quería mi cliente. Cada profesional hace su trabajo y la persona se estrella sola. Como el diazepam que le recetaba el psiquiatra. Sé que ella se lo había dado más de una vez a los niños para conseguir un poco de paz.

– Lo comprobaré. Se acerca más a la posibilidad de convencer al jurado de que hubo un error en la dosis.

– Al acabarse la pelea se encontró vacía, a pesar de haber ganado. Y entonces, bueno, ya sabes el detalle del vestido de la niña.

- Sí. Que la encontraron con el vestido de la Primera Comunión.
- Hubiera comulgado este domingo. Le obsesionaba que la niña saliera de la iglesia y...
- ¿Y?
- No sé. Algo terrible.
- ¿Que no encontrara a sus padres?
- Qué sé yo. No fui su amiga para sus confidencias, ni su psiquiatra para sus pesadillas. Esperemos que el siguiente profesional haga por fin un buen trabajo. Y ése eres tú.
- Veremos. Aún no he podido entrevistarla. El psiquiatra me ha dicho que espere a que ella pueda llorar.

-IV-

- De traca, chica, lo de Marilena ha sido de traca. ¿Sabes, Pilar, aquella compañera de Carmelitas que trabaja en Tráfico? Una mañana fue Marilena a verla a la oficina, que le habían puesto una multa de radar y tenía que ser un error porque su marido estaba con el coche en Barcelona en un viaje de trabajo. Total, que Pilar la acompañó a donde las denuncias y allí le enseñaron la foto. Y sí, era su coche, a la una de la madrugada por el Paseo Sagasta, donde El Corte Inglés. Y ahora, no te lo pierdas: la foto era de frente, se veían las caras. ¿Sabes quién era el acompañante?
- No me lo digas. Me lo imagino: alguna pelandusca.
- Ja. La secretaria. ¿No ves que era un viaje “de trabajo”?
- Pobre Marilena.
- La secretaria, con la que ella habla cuando llama a su marido al trabajo. Si hasta una vez creo que le hizo de canguro con los niños.
- Ojalá hubiera sido una pelandusca. Tiene que ser horrible verte comparada y relegada por otra.
- Veinte años más joven. Bueno, es lo que hay, chica. Por mucho que te cuides...
- Cuatro hijos, y te dan la patada.
- Por eso es mejor lo que hacen algunas: callar y tragar. Si el marido tiene dinero, como tenses la cuerda te aplica el Plan Renove. Déjale echar alguna cana al aire, y ya vendrá a casa.
- ¡Qué difícil ya para Marilena! En evidencia ya delante de todo el mundo. ¿Cómo reaccionó?
- Cogió la multa y se dio la vuelta con ojos de cristal como si hubiera visto a Dios. Pilar la alcanzó antes de llegar a la calle y la metió en los baños para que se le pasara la lloratina.

-III-

Celebraron la boda en mayo, a pesar de la coincidencia con las primeras comuniones. Se casó de blanco, otra cosa hubiera sido impensable para su madre y aún para su futuro esposo. Cuando Marilena se vio por primera vez en el espejo, comentó que no le faltaba más que el rosario en la mano y el misal nacarado. Y hasta pensó teñirse el pelo, porque un rubio como el suyo no favorecía sobre el blanco. Él le dijo “Estás preciosa. Te quiero así”, y la besó.

La ceremonia fue bien. No hubo ningún percance. No se cayó al salir de la iglesia, como temía. Y cuando por fin se quitó el vestido de novia en el hotel, se echó a llorar de alegría.

-II-

Al despertar, Marilena extrañó el tacto de aquellas sábanas. Palpó a los lados, y a duras penas encontró el borde por uno de ellos. Por el otro, el brazo se le perdió entre los pliegues aún tibios de unas sábanas de

raso. Una persiana que no ubicaba en ninguna habitación filtraba la luz de una mañana ya avanzada. Marilena rindió la cabeza sobre la almohada: ¿será esto lo que llaman resaca?

Se había emborrachado de tules y satén, de guirnaldas, de aplausos, de focos y miradas. Recordaba lo difícil que era sostener la sonrisa cuando estás pendiente de que anuncien a la ganadora, y que se decía a sí misma: “aunque no gane, todo esto es mucho más de lo que yo esperaba”. Y luego, la apoteosis: Miss Aragón. En su cabeza bailaban todavía las frases de la entrevista con el Heraldo. El relaciones públicas de la organización le había resumido su papel así: “Tu estilo es el de la inocencia y la pureza. Tienes que distanciarte del icono de Marilyn”. Y luego, le había hecho memorizar las respuestas, como si él fuera un catequista y ella fuera a comulgar por primera vez:

– ¿Le habrán dicho que se parece a...?

– Sí, me lo han dicho. El tono platino de mi rubio es natural, tengo oído que Marilyn se teñía para conseguirlo.

– ¿Se lleva bien con la cámara?

– Tengo experiencia, he hecho bastantes cosas. No tengo ningún problema para posar.

– ¿Qué le parece la obsesión por el culto al cuerpo?

– Lo importante es sentirse guapa y segura. La inseguridad es lo primero que se ve; si te sientes bien los demás lo sentirán.

– ¿Qué prendas no faltan nunca en su armario?

– Tengo de todo. Siempre tengo vaqueros, camisetas básicas y complementos, y sobre todo zapatos de tacón.

– ¿Cuántos pares de zapatos de tacón puede llegar a tener?

– ¡Me faltan días para ponérmelos todos!

– ¿Qué valora más en una persona?

– La sinceridad y la honestidad son mis pilares.

– ¿Qué detesta más?

– La hipocresía.

Oyó el ruido del agua correr. Se incorporó. Ella, que siempre dormía con su braguita y la parte de arriba del pijama, estaba desnuda, carne blanca sobre sábanas de raso negro. Se sintió sucia, y sucias las sábanas. Se tocó.

Se abrió una puerta en el lado opuesto de la ventana y su haz de luz despejó las zonas oscuras de su memoria. Recordó todo: la fiesta de celebración, las bebidas, las insinuaciones, los roces. La desnudez del hombre que se asomaba, el mismo que le había hablado de inocencia y de pureza, la desnudó a ella. Marilena se tapó la cara con las sábanas y se echó a llorar.

-I-

En mayo las bodas ceden el paso a las comuniones en el calendario de las familias y de los restaurantes. Los niños desposan a las niñas en altares que rebosan de luz y de un aroma empalagoso a inocencia. Extraña flor la de la pureza, que solo exhala su fragancia cuando va a morir. Muere la infancia cuando toma conciencia del pecado, de la mentira y de lo oculto. Nunca serán los rostros de ellos tan masculinamente serios, ni tan hieráticamente dulces los de ellas.

La ceremonia ha terminado. El frufrú de los tules susurra en la puerta de salida, a punto de estallar como el tapón de una botella de champán. Marilena sale a la calle. Marilena ve a sus primos, Marilena se agita, levanta el brazo, rompe su cara con una sonrisa y echa a correr por las escalinatas abajo. Marilena tropieza con su propio vestido, las manos trabadas por el rosario y el diminuto misal nacarado. ¡Marilena, Marilena! Los ángeles no llegaron a tiempo para sujetarla. Otras manos más humanas la levantan, el vestido manchado, la cara ensangrentada en puro rasponazo.

Marilena rompe a llorar. Como las azucenas cuando mueren.



## Un tenorio para Corín

Gonzalo Alvear sólo era sobrino de la cuñada de Pantaleón. Pero quien más quien menos creía que era tan dueño del negocio como sus apócrifos tíos, los hermanos Bruguera.

Ciertamente, nada se hacía en la editorial en contra de su voluntad. Aunque no se conocía ningún caso en que su voluntad hubiera discrepado de la de sus tíos. Más bien, él daba carne, voz y piernas a todo lo que ellos disponían. A todo, y lo hacía con su porte entre Clark Gable y Alfredo Mayo. Bigote de tiralíneas y pelo engominado. Zapatos lustrados dos veces al día por el limpia del Comercial.

Un figura. Lo bastante listo para metérsela doblada a un vaquero como Marcial Lafuente Estefanía. ¡Qué decir de las tropelías que había cometido con El Capitán Trueno o Las Hermanas Gilda!

Aquel día Gonzalo se prometía un doble negocio: Corín Tellado.

Semanas antes, su tío Pantaleón le había instruido en el primero de ellos: tenía que atarla para que escribiera dos novelas al mes por menos de veinticinco mil duros. Exclusividad, por supuesto, y derechos retroactivos sobre lo que ya le habían publicado. Había que amarrarla, cerrar el paso a la competencia, y el momento era ahora: Corín acababa de dejar de ser señora de Egusquizaga. La separación, los gastos de abogados en el nada barato Tribunal de la Rota. Y dos hijos. Corín Tellado no podría resistirse a la oferta.

En cuanto al segundo negocio, era difícil explicar el interés de Gonzalo por Corín. Ni siquiera podía decirse que se conocieran. Tres años antes, Corín había aprovechado su viaje de bodas a Barcelona para dejarse caer por la editorial. Gonzalo apenas pudo apreciar más que su desparpajo y sus formas redonditas. Su tío Pantaleón lo había mantenido aparte durante la visita. Txomin, el morrosko que ejercía de marido, tenía las mismas pintas que Gonzalo, pero sin bigote, y Pantaleón intuía que no saldría nada bueno para su negocio de juntar a esos dos gallos a la misma mesa, entre puros y copas, delante de Corín.

Pero aquello fue hace tres años. Ahora, a cuenta del contrato para firmar, Gonzalo había hablado con ella por teléfono unas cuantas veces. Fue entonces, entre llamada y llamada, cuando se descubrió diciéndose a sí mismo: sí, ésa. Como cuando se había fijado en la cerillera del Comercial, o en Pili, la secretaria: sí, ésa.

La invitó. Si venía a Barcelona, le dijo, es como si adelantara la primavera, cambiando el frío húmedo del Cantábrico por la tibieza mediterránea.

Pantaleón protestó. Pagarle el viaje y la estancia, no, eso no se hacía con los autores en nómina. ¡Qué despilfarro! Gonzalo prometió: la podría conseguir por veinte mil. El viejo cedió, no sin decirle: *¡compte!, em sembla que eixa xiqueta es massa dona per a tu.*

El enamoramiento de Gonzalo era literario. Pili, la secretaria que se había beneficiado hasta que se casó y le dijo basta, leía sus novelitas. Él se veía retratado en sus páginas: buena posición, buena planta y, sobre todo, sabía tratar a una mujer y hacerla sentir como una reina. Lo suyo con Corín estaba predestinado.

El chófer de Pantaleón le llevó a la estación. Esperó en el andén como un galán de cine, con la gabardina en un brazo y un ramo en la otra. Salió a su encuentro con pasos decididos y una sonrisa de porcelana, que reventó en un beso y una frase de admiración cuando la abrazó. Luego, la sujetó del codo y la encaminó hacia la salida protegiéndola con su cuerpo de la multitud, al tiempo que ordenaba al mozo que los siguiera con la maleta.

– ¿Ha podido descansar esta noche?

– He dormido bien, pero he echado en falta mi máquina de escribir esta mañana al despertarme.

– Es usted maravillosa. ¿Hubiera sido capaz de escribir...?

– ¿Por qué no? El ambiente es sugerente...

– ¿Algún caballero interesante?

– Eso no se le pregunta a una dama.

– Cierto, cierto. Los hombres siempre queremos ir un poco más allá de donde se nos deja. ¡Pero qué sería de sus novelas sin los caballeros interesantes! Quiero que sepa que no soy el vil usurero que quiere negociar su contrato, sino un rendido admirador suyo. Mentiría si dijera que he leído todas sus novelas, pero créame si le digo que han sido muchas, muchas.

Gonzalo hizo una pausa y la contempló largamente, hasta el punto en que Corín podía empezar a sentirse incómoda. Entonces entornó los ojos:

– Corín, ¿puedo pedirle un favor?

– Usted dirá.

Gonzalo levantó los ojos suplicantes:

– ¿Me deja tutearla?

Corín sonrió, un poco incómoda.

– Por supuesto. Pero por favor, no se ponga tan solemne, que me da risa.

Y Gonzalo se llevó a los labios una de sus manos mientras ella protestaba y simulaba reír.

En el hotel, cuando el recepcionista alargó la llave, interpuso medio cuerpo entre ella y el mostrador para recogerla. Y así, con el pretexto de comprobar que todo era “*comme il faut*”, acompañó a Corín hasta su habitación y la inspeccionó por dentro. Dio propina al botones, al tiempo que le encargaba un jarrón para las flores. Y se despidió con un beso en cada mejilla hasta la hora de comer.

Estaba contento de sus progresos: Corín se dejaba llevar, no retiraba la mano cuando él se la cogía, reía con él. La estocada final, el “lo tomas o lo dejas”, con el papel delante y la pluma en la mano, quedaba para mañana. Porque antes estaba el otro negocio, que además ablandaría el camino de las pesetas.

Durante la comida, Gonzalo buscó la complicidad de Corín, presentándose como defensor suyo frente a la racanería de sus tíos. Después se reunieron con Pantaleón en la editorial. Pudo mantener el tipo sin aprietos: su tío entendió que era el momento de la cortesía y no el de los negocios. Al acabar, Gonzalo invitó a Corín a volver al hotel paseando entre escaparates. Le ofreció el brazo como un romeo de zarzuela y ella aceptó. Pantaleón desde la ventana sonreía socarronamente.

Cuando Corín se quitó los tacones, se echó en la cama y cerró los ojos, tuvo que reconocer que Gonzalo, desde que salió a su encuentro en el andén, no había hecho más que enriquecer con su galantería las escenas de sus novelas. Igual que Txomin antes de casarse: Gonzalo más espigado, los dos igualmente seductores. Igualmente. Sí, te tratan como una princesa, pero luego, cuando te han conseguido, te atan en corto. Y luego vienen los hijos y la novela se acaba. Y ella tenía dos. Había que ser realista. Disfrutaría cena y ópera, pero mañana cerraría el contrato y se volvería para Asturias con sus hijos.

Cena con champán. Y para postre, el collar del que ella había dicho horas antes “*¡Madre mía, qué precio!*”. Tristán e Isolda: no, no imaginaba que la ópera fuera un espectáculo tan embriagador. Más aún, si te sirven champán otra vez en el descanso. Cuando llegó al hotel, no le parecía que fuera a dormir, sino que ya estaba soñando.

Así que no sujetó la puerta para dejar a Gonzalo del otro lado. Cuando se dio cuenta, el pestillo hacía clack y una mordaza de saliva, coñac y tabaco la sofocaba. Empujaba unos brazos que otra voluntad inmovilizaba. Torció el rostro, solo para que Gonzalo babeara su oreja de obscenidades.

¿Debía decir no? El ritual así lo pedía: no, no, basta, basta. Una y veinte veces, no y basta.

Intentó un rodillazo. La falda de tubo lo impidió. Después, tuvo miedo de haberlo intentado.

Gonzalo había experimentado al cerrar la puerta la misma excitación que si hubiera salido corriendo de una tienda con un artículo robado. Pero no dudaba de que saldría bien: una mujer que había aceptado todos sus halagos y regalos, que no retiraba la mano cuando él la cogía, y que se dejaba pasar el brazo por los hombros, no podía rechazarle.

La resistencia de Corín no estaba en sus novelas, ni en las de ella, ni en la que él se había montado.

Pero abrir la puerta y marcharse, incluso con una disculpa, sería una catástrofe mañana por la mañana, cuando hubiera que tratar de cifras. Una vez empezado el asalto, no había retirada. En algún momento la carne de ella, su carne de mujer, respondería a su percusión de macho. Y con esa convicción insistía, aunque su deseo estaba dando paso a la irritación, a un punto ya de abofetearla.

Corín calló, resignada a que no gritaría tan alto como para montar un escándalo. Durante mucho rato, persistió en su muda y parálitica resistencia, como una pesadilla. Y su rabia fue dando paso a otro sentimiento: desprecio. Aquello ya lo había vivido con Txomin.

– De acuerdo. Tú ganas -dijo. El se paró. Ella tomó aire- Deja que me quite la ropa, se me está arrugando- Él aflojó su abrazo, perplejo. Se levantó y desde el estrecho pasillo entre la cama y la cómoda, dijo como si pensara en voz alta:

– Acabemos con esto de una vez.

Se quitó el abrigo, después la chaqueta, la blusa, la falda, todo bien doblado y colgado en el armario, como si estuviera sola.

Al verla en bragas y sujetador, el deseo volvió a Gonzalo. Ella rodeó la cama por el lado opuesto, acabó de desnudarse, y se metió entre sábanas.

Gonzalo se desnudó y entró a su lado. Ella apretaba los dientes, mientras él tocaba sus pechos. Entonces la carne de él sintió vergüenza y desfalleció. Gonzalo se puso de costado para manosearla sin que lo notara. Pero ella percibió su insignificancia y le dijo:

– Túmbate -y se liberó de su cuerpo. Se incorporó y dándole la espalda, sin mirarle en ningún momento, con la determinación de una mujer hastiada, masajeó su miembro.

Gonzalo sintió furia, porque leía los pensamientos de ella con más claridad que los propios y sentía su desprecio y su hartura. La odió por eso y cuando su miembro se hinchó, deseó voltearla para hincarla con saña. Pero Corín se le adelantó y Gonzalo se corrió sobre las sábanas.

Corín se levantó al baño con la mano por delante como si le fuera a manchar rozarse con ella.

...

Cuando Gonzalo despertó, no había nadie. Recordaba a Corín tirándole una toalla desde la puerta del baño. Ni rastro de ella, ni siquiera el hueco o el calor de su cuerpo en la otra mitad de la cama. Bajó a recepción. La señora había pedido un taxi muy pronto.

En la editorial, Pili le cortó el paso al despacho.

– Pantaleón ha dicho que no pase, señor Alvear -el usted era la forma en la que Pili le recordaba en cada momento que aquello se acabó.

– ¿Está...? -Pili no le dio ninguna facilidad- ... la señorita Tellado?

– Está dentro, sí. Y nada más pasar, salió Pantaleón para decirme que cuando viniera usted, le dijera que se quedara en su despacho hasta que ella se fuera. De muy mal gas. Tú sabrás que has hecho.

Gonzalo se retiró al suyo. El repentino tuteo le humilló, y lo hubiera compensado recordando algunos momentos especiales con Pili, pero la sombra de su tío le amenazaba. Mucho rato después, oyó los pasos decididos y la voz seca de Corín despidiéndose de su tío. Al poco, entró Pantaleón:

– Veinte mil duros, ¿eh? Que sepas que hemos firmado por treinta mil. Pero la factura del Palace la pagas tú, so mamón. ¡Dos habitaciones! ¡Jilipollas!

## ¡Viva Palas Atenea!

– ¡Viva Palas Atenea!

La primera vez que escuché su grito de guerra, no supe qué pensar. Luego, como todos los que le tratábamos, me habitué a su cantinela.

– ¡Viva Palas Atenea!

Su mujer, Sofía, era treinta años más joven y un palmo más alta. Yo la había visto por primera vez, adornada con las presuntas joyas de Helena de Troya, en la foto con la que su marido publicitaba sus hallazgos más apasionados que rigurosos. Aquellos sucios tonos grises del Frankfurter Zeitung dieron un objetivo a mi vida: decidí ser arqueólogo.

La segunda vez que la vi, siete años más tarde, también lucía las joyas. El color era verdadero. Ella, de carne y hueso. Las joyas, falsas.

Pero empecemos por el principio.

El año anterior había conseguido que su marido me tomara como colaborador. Fue, por su parte, una especie de tanteo. Yo venía de excavar en Olimpia bajo la dirección su más encarnizado rival, el doctor Ernst Curtius. Durante aquellos meses junto a él, en Orcómenos, tuve que usar todo mi tacto para que mis observaciones no fueran tomadas como censuras. No lo debí hacer mal, siempre he tenido la capacidad de los seductores para insinuar y conquistar voluntades. Los mosquitos del lago Copais forjaron entre nosotros un lazo de camaradería, y algún tiempo después me pidió que lo acompañara en una nueva campaña sobre las ruinas de Troya.

Un día recibí una invitación para comer en Iliou Melathron.

Solo por su nombre, la “cabaña de Ilión”, ya se delataba que aquel hombre había enterrado la vida de su familia en un museo. Los jardines rebosaban estatuas y surtidores. La planta baja estaba circundada de columnas y nichos con más estatuas. Sobre el frontis de la puerta principal colgaba la metopa de Helios, otro de sus hallazgos en Troya. La escalinata interior era de mármol del Pentélico. Suelos y paredes estaban decorados con mosaicos al modo pompeyano, con angelotes entre columnas y pilastras, y pomposas citas de Homero y de los filósofos griegos sobre los dinteles de las puertas. En los dos despachos y en la biblioteca, diversas vitrinas exponían monedas, joyas y reliquias de sus excavaciones.

Me recibió Belerofonte, el portero. Cada miembro de aquella casa llevaba el nombre de un personaje homérico. El jardinero se llamaba Príamo. El cochero, Calcas. Las dos niñeras, Dánae y Polixena. Los hijos de Schliemann, niños intemporales como los que se encuentran en todas partes, se llamaban Andrómaca, la mayor, y Agamenón, el pequeño. En sus bautizos se había leído la Ilíada, al igual que en su boda con Sofía.

– Nosotros vivimos en el mundo helénico – explicó Schliemann durante la comida.

– Pero usted no ha cambiado su nombre.

– ¿Cómo? ¿Se imagina los problemas que tendría para acreditar una nueva firma con notarios, bancos y registros de la propiedad en Grecia, San Petersburgo, París, Londres, Indiana, Nueva York?

– Es una pena. Me atrevo a sugerirle que, si lo pudiera hacer, escogiera el nombre de Odiseo.

– ¿Usted cree?

– Un hombre que ha naufragado dos veces; que ha atravesado a pie el istmo de Panamá, enfermo de malaria, y que ha defendido su cofre lleno de oro con un revólver y un cuchillo, sin permitirse dormir por

miedo a que sus compañeros de viaje lo mataran y robaran; un hombre que puede hablar en primera persona de las cumbres nevadas del Himalaya, de la Gran Muralla, de los Palacios Imperiales de Pekín, de Yedo, la ciudad sagrada de Japón donde los extranjeros corren riesgo de ser asesinados; un hombre así merece llevar el nombre de aquel otro fecundo en ardid. -me abstuve de añadir “por muy pequeño de estatura que sea”

– Y usted, frau Schliemann – añadí dirigiéndome a Sofía-, podría elegir Helena, por su belleza, o Penélope, por la constancia con la que aguarda el regreso de su esposo, siempre de viaje de excavación en excavación.

– Yo lo acompañaría más a menudo, pero...

– Los hijos... – terció Schliemann-. Sepa usted que no he tenido capataz ni lugarteniente más competente.

Schliemann no exageraba. En Olimpia, el doctor Curtius ya hablaba con admiración de la esposa de Schliemann, capaz de meter en vereda a la cuadrilla más insolente de peones.

– Recuerdo – siguió Schliemann- cuando desenterramos el tesoro de Príamo: supo encontrar un pretexto para enviar los obreros a casa sin despertar sospechas. Así pudimos sacar el cofre sin que nadie nos viera.

– Realmente, la arqueología le debe mucho, frau Schliemann.

– Mi marido me lo ha enseñado todo – respondió ella mirándolo con un gesto de devoción que me pareció ritualizado.

– Sofía, haznos el favor: ponte el tocado de Príamo – dijo Schliemann.

Sofía me miró como si necesitara mi permiso.

– Sí, por favor: se lo ruego.

Cuando Sofía volvió a la mesa, los sucios tonos grises de mi memoria se llenaron de colores rutilantes. Había cambiado sus vestidos por el traje típico griego. El oro del collar, de las bandas que caían desde sus sienes, de los larguísimos pendientes, se derramaba sobre su corpiño azul, turgente y palpitante. Su cabello oscuro como ala de cuervo, ceñido por la diadema, prestaba su brillo al oro de Príamo. Su boca de fresa y nata lo eclipsaba. Era Helena de Troya revivida la que posaba para mí, la que me ofrecía graciosamente uno u otro de sus perfiles, la que me sonreía y me miraba de soslayo.

Me sentí ladrón, profanador.

– Como usted sabe, las joyas originales – aclaró Schliemann- llevan tres años expuestas en Londres. Confío en su discreción para que no trascienda la existencia de este duplicado.

Schliemann había sacado el tesoro fuera de Grecia para protegerlo del pleito por expolio que se le seguía en los tribunales de Atenas a instancias del gobierno turco. Redoblando cautelas, había hecho copiar las joyas. Este tipo de actos eran precisamente los que daban pábulo a las sombras de fraude y falsificación sobre sus hallazgos.

Y sin embargo, pensaba yo, la mejor de sus joyas era esa mujer tan hermosa y tan joven. Compadecí su vida junto a un hombre que la había sometido a un examen de cultura homérica para elegirla como esposa entre más de treinta candidatas que habían respondido a su anuncio; un hombre cuyos caprichos la obligaban a hablar en griego arcaico, a aprender alemán, a bautizar a sus hijos con nombres extravagantes, a vivir en un palacio fastuoso pero al que le faltaban muchas de las comodidades de la vida moderna porque no eran “homéricas”.

Meses después acompañé a Schliemann a la que sería su última campaña en Hissarlik. Nuestra amistad pasó un momento difícil cuando cuestioné que la Troya de Homero correspondiera al nivel en el que él había encontrado el Tesoro. Era una ciudad demasiado pequeña, mientras que la predecesora, mucho más

grande, mostraba signos inequívocos de destrucción violenta. Para mi sorpresa, aceptó mis conclusiones. Solo me pidió que no adelantara nada a mis corresponsales en Berlín, especialmente al doctor Curtius.

Después de Troya, excavamos en Tirinto. Ya tenía su confianza. Yo le dejaba a él todo el mérito de los hallazgos, aún cuando sus conclusiones fueran en gran medida inspiradas por mí.

De vuelta en Atenas, me hice habitual de Iliou Melathron. Acudía a cualquier hora y, si el doctor había salido, jugaba con Andrómaca y Agamenón. Sofía decía que Heinrich pasaba poco tiempo en casa, y que ni ellos ni ella tenían ocasión de mejorar su alemán más allá del que aprendían con las institutrices. Sofía me consultaba a veces expresiones difíciles en las revistas de moda que le traían de Berlín o Viena.

Un día la encontré leyendo algo diferente.

– Una novela muy atrevida, frau Schliemann.

– ¿Usted cree? ¿La ha leído?

– Es lo que dice todo el mundo. Trata de una esposa adúltera, si mal no recuerdo.

– Espero que no me denunciará usted a mi marido.

Reímos.

– En todo caso puede alegar en su defensa los muchos adulterios que cuenta Homero, empezando por la mismísima Helena.

– Es usted muy imaginativo, herr Dörpfeld. No me había parado a pensar en lo que pudieran tener en común Helena de Troya y Madame Bovary.

– Los hombres de entonces, como los de ahora, aman a las mujeres sin pensar ni ponerse en el lugar de ellas -Sofía me miraba intensamente-. Ni Menelao ni Charles Bovary se preguntaron nunca qué había empujado a su mujer a serles infiel.

Sofía iba a responderme. En ese momento se oyeron pasos que llegaban y ella cambió bruscamente de conversación.

Poco después, Schliemann emprendió viaje a Egipto. Decliné acompañarle: Alejandría no me interesaba. Fui al muelle a despedirlo, junto con Sofía, Andrómaca y Agamenón. Calcas, el cochero, nos esperaba con el carruaje.

– ¡Viva Palas Atenea! – gritaba el doctor Schliemann desde la cubierta del barco.

– ¡Viva Palas Atenea! – repetían los niños, mientras Sofía y yo movíamos la mano de un lado a otro.

El barco se fue. Dejé de frecuentar Iliou Melathron. Se me hizo eterna la espera, hasta que al cuarto día recibí lo que esperaba: un billete de Sofía que preguntaba “Herr Dörpfeld, ¿ya no le interesa nuestra compañía? Los niños y yo estamos olvidando la lengua de Goethe”. Acudí.

– ¿Por qué ha dejado de visitarnos?

– Me pareció que no estando herr Schliemann...

– No sea tonto. Mi marido confía en usted.

– Lo sé. Me honra. Pero...

Me quedé callado.

– Siga. ¿Qué le ocurre?

– Yo, quizás, no puedo evitar sentir...

Alea jacta est. No me costó mucho simular que estaba temblando.

– bueno, no me siento capaz de responder a esa confianza. Lo siento, Sofía, si la he ofendido. No volveré más por esta casa, si me lo pide.

Ahora, cuando recuerdo aquella escena, me maravillo de la habilidad de Sofía para hacerme creer en todo momento que yo era el seductor, cuando en realidad lo éramos los dos.

– Yo, Guillermo, siento lo mismo que tú.

Y con estas palabras se abrió para mí el tesoro escondido de Helena de Troya. Como todo caballero, no puedo hablar de lo que siguió,

Las excavaciones más felices de mi vida se interrumpieron cuando Schliemann volvió de Egipto con un busto de Cleopatra y mucho más sordo que cuando se marchó. Sus gritos de ¡Viva Palas Atenea! arreciaban de tal manera que quien no lo conociera lo hubiera tratado de loco de atar. Un año después decidió operarse de su sordera en Alemania. En el viaje de vuelta, en Nápoles, cayó fulminado en medio de la calle. La autopsia descubrió que los pólipos extirpados ya habían dañado también su cerebro.

Cuando el cadáver llegó a Atenas, Sofía me pidió que pronunciara el discurso fúnebre. Lo hice de corazón. Admiraba a aquel hombre cuyo impulso había revolucionado la arqueología. Compartía su pasión por Homero. Yo le había superado en amor por Helena de Troya.

El discurso en su memoria acabó como ustedes pueden suponer:

¡Viva Palas Atenea!



Una nave acristalada y decorada con la heráldica de nuestros tiempos: logos, marcas, grandes letreros. Un pórtico de diseño para impresionar a las visitas. Son las oficinas centrales de Panaderías Reunidas.

Alrededor, otras naves más corrientes: bloques blancos, chapa verde machihembrada. Son las que sufren el calor de los hornos, las que tiemblan al arrancar los compresores de las máquinas frigoríficas, las que huelen a masa fermentada, a harina, a pan recién horneado por la mañana y a pan rancio, viejo, a última hora de la tarde. Hay un muelle de carga para la flota de furgonetas de reparto, el pan nuestro de cada día para una gran ciudad. Otro muelle, más grande, para los camiones frigoríficos que llevan su carga de masa congelada por Madrid, Barcelona o Cádiz. Y grandes tomas donde enchufan sus mangueras las cisternas rodantes de harina: doscientas toneladas diarias.

Las oficinas tienen parking exclusivo. Una garita acciona a distancia la verja que lo cierra. Cuarenta y dos plazas en dos pasillos. A esta hora de la mañana, nueve y media, todas están ocupadas. Media docena de coches se cruzan como fichas de dominó delante de otros bien aparcados, obstaculizando su salida. Queda un sitio libre, el más cercano a la puerta de entrada a las oficinas. No lo protege ninguna prohibición, no lo reserva ningún letrero. Dentro de media hora aparcará en él el coche de Julio Alberto, que como todos los días acude a su despacho mucho más tarde que sus empleados, hacia las diez de la mañana.

La presencia discreta, casi insignificante, de Julio Alberto, contrasta con el porte de su coche, un BMW de la serie 7 color verde botella, tapicería de cuero y salpicadero en madera. ¿Qué va a hacer con trescientos caballos de tracción trasera deportiva un hombre tan parsimonioso como Julio Alberto? Julio Alberto es un hombre pequeño, si hablamos de lo físico. Ni siquiera en su cara destaca una barba, unos bigotes, algo, unas patillas que nos digan ¡he aquí a un gran hombre! Julio Alberto podría peinar canas, porque tiene pelo suficiente para ello, pero se lo tiñe con el color negro con el que llegó al mundo.

Julio Alberto sube las escaleras hasta su despacho sujetándose la raya de los pantalones con el pulgar y el índice por encima de las rodillas. Brinca de un escalón al siguiente como si pisara charcos, temeroso de que una zancada demasiado larga o enérgica desdibuje el impecable trabajo de la plancha. Pasa entre las mesas de sus empleados dando los buenos días, y se pierde por la antesala de su despacho que vigila su secretaria, si antes no le ha salido al paso el director financiero o el director comercial con alguna cuestión urgente.

Media hora, una hora o dos horas después, Julio Alberto se asomaría a la puerta de la oficina y buscaría con la vista a su secretaria Mónica, perdida en amena conversación junto a alguna mesa, para decirle: “Mó-Mó-Mónica, nó-nó se me distraiga. Pón-póngame con mi mujer”.

Mónica ya no trabaja en Panaderías Reunidas. Pero no se concibe hablar de Julio Alberto sin hacerlo de Mónica.

El cuarto de Mónica -lo llamaremos así aunque ahora lo ocupe una chica nueva- tiene acceso propio al despacho de Julio Alberto: por ahí entra la correspondencia, el té y la manzanilla. Desde un cristal y otra puerta, Mónica controla la antesala de las visitas.

Pocos saben que el despacho de Julio Alberto tiene una tercera puerta disimulada al fondo. Ésa es la explicación de un extraño e inútil montacargas que hay en la nave de atrás, donde se apila cada tarde el pan seco, el sobrante devuelto por las tiendas. El montacargas, si alguien se fijara en él, está siempre detenido a la altura del techo de la nave, que equivale al primer piso de las oficinas. No lleva, ni sube, ni baja aparentemente a ningún sitio. Está ahí, nadie repara en él, en que no sirve para nada. La instalación se hizo en previsión de un posible intento de secuestro por parte de ETA, después de que Julio Alberto decidiera que no pagarían.

Julio Alberto es el artífice de Panaderías Reunidas. A mitades de los sesenta del siglo pasado, en pleno franquismo, algunos panaderos decidieron agruparse. El proyecto original era una cooperativa. Julio Alberto lo transformó en una sociedad anónima, acabó por incorporar a casi todas las panaderías de la capital y de los pueblos de alrededor, y diversificó y ensanchó el negocio a todo lo que utilizara harina, levadura y hornos.

Los socios o accionistas se cuentan por decenas. Con franquismo o democracia, con peseta o con euro, Julio Alberto ha sido siempre el Gerente. Deja a otros la Presidencia del Consejo. Sabe dar y repartir. La Empresa, o el grupo de empresas surgido a partir de la primera, es lo suficientemente boyante para practicar una endogamia calculada con los socios, y los hijos y los nietos de los primeros socios. Julio Alberto ha tenido visión y mano izquierda para evitar que los más incompetentes ocupen puestos demasiado importantes.

A Julio Alberto le gusta escuchar, saber. No es raro que alguna vez haya entrado a su despacho una señora de la limpieza o una cajera de una tienda o un chófer repartidor. Como pauta, en todos los departamentos, en todas las empresas del grupo, Julio Alberto tiene a alguien que le informa saltándose los escalones del organigrama. Alguien que seguramente aspira al cargo de su jefe, y por eso lo vigila con celo. Y a los distintos responsables y directores, Julio Alberto procura mantenerlos enfrentados entre sí y tomándole a él como referente, como árbitro.

Hasta que se jubiló, Mónica era la empleada más antigua de la empresa. Tan antigua como su jefe, Julio Alberto, y como su amiga Edurne. La empresa nació con ellos tres, en unas oficinas tan pequeñas que cabían en un piso, una segunda planta del barrio de Amara.

Entonces, claro, Julio Alberto no conducía un BMW. Cuando Mónica -y Edurne- conocieron a Julio Alberto, era la época del Seat 600 y el Gordini. El coche de Julio Alberto que ellas recuerdan es un Citroen DS con morro de tiburón. Los domingos salían de caminata a los montes vecinos. Paseo hasta alguna cumbre, comida en un restaurante o fonda de la zona, y regreso. Eran caravanas de tres o cuatro vehículos, con amigos. Al principio, estas excursiones tuvieron un carácter social de Empresa, o se mezclaron los ámbitos. Mónica se sentaba delante con Julio Alberto, y Edurne en el asiento de atrás con algún otro. Desde que Julio Alberto se casó, ambos mundos, el de la Empresa y el privado, quedaron rígidamente separados. La única actividad social que Julio Alberto se permite con los empleados es la fiesta del santo patrón de los panaderos, San Honorato, y la cena de navidad con el staff y personal de oficinas.

La fiesta de San Honorato es una comida popular, multitudinaria y bulliciosa, para los panaderos que trabajan de noche, los repartidores de la mañana y las dependientas de todas las tiendas. El menú pivota siempre alrededor de algún plato de carne: costillas de cordero, gorrín o chuletón de buey. Hay actuaciones musicales, algún tipo de rifa o sorteo, y baile. La organiza una comisión de empleados, dirigida por algún encargado veterano, que ya sabe qué lugar ha de ocupar Julio Alberto, flanqueado por Mónica y Edurne, a un lado, y al otro el Director Financiero y el rival de turno del Director Financiero en el aprecio del jefe. Cualquier novedad que se introduzca de un año para otro, la supervisará Julio Alberto. Aún así, hay algo que no cambia: los regalos. Han de ser suficientes, y algunos de suficiente valor, para que la fiesta de San Honorato excite la codicia de muchos. Cada año, la comisión cambia el método de reparto de la piñata: desde un mero sorteo a una cucaña o un concurso de karaoke. Se trata de innovar en el pequeño teatro de la mezquindad y la estupidez humana. Julio Alberto asiste, desde su mesa discretamente retirada y elevada, al espectáculo que más le gusta.

La cena de Navidad es diferente, más selecta. Asisten los directores y jefes y el personal de oficina. Mónica y Edurne se ocupan de organizarla. Dedicán una mañana y una tarde a recorrer tiendas eligiendo el regalo de cada cual. Lo entregan a los postres, y acompañan cada uno con una pamplina estudiada. Son las hadas, dice Julio Alberto, riendo. Él también recibe su regalo, el último de todos, y una frase cursi, una mirada y una sonrisa del hada Mónica. Edurne hace coro a su amiga, sin hacerle sombra.

Sí, Julio Alberto no concibe el festejo sin regalos, como los caramelos de la cabalgata de Reyes. A la multitud se le arrojan las dádivas para que se pelee por recogerlas, y a los más cercanos se les premia con cierta solemnidad. Pero todos, plebe o nobleza, disputan entre ellos por tener unos más favor que otros.

Mónica ha sido siempre la empleada favorita de Julio Alberto. Sólo ella se permite cierto descaro en las formas. Julio Alberto le riñe con autoridad paternal, y ella responde con un mohín de niña traviesa. Porque es así como se conocieron.

Mónica tenía veinte años cuando encontró su primer empleo: la oficina de un taller mecánico. Mónica era la hija mayor de un militar, para la que trabajar era solo tiempo de espera mientras llegaba el hombre que la llevaría al altar. Así que, a la primera bronca de su jefe, un bruto sucio de grasa, se despidió enrabiada como un gato. A los dos días, vio un anuncio y se presentó. En la entrevista, a Julio Alberto le gustó el descaro con el que aquella chiquilla le explicaba su brevísimo currículum laboral. A ella le encandiló su nuevo jefe, joven, distinguido. Poco después, se incorporó Eburne a la empresa. Así comenzó Panaderías Reunidas: Julio Alberto, Mónica y Eburne.

Cuando Eburne se casó y le echó el ramo, ella aparentó que le estorbaba y se lo quiso pasar a Julio Alberto. Pero Julio Alberto dijo: “Quite, quite, Mónica, por favor. Eso son cosas de mujeres”.

Pero Julio Alberto se casó cinco años más tarde. El ramo ya no pasó a nadie. No hacía falta que Eburne le advirtiera a Mónica que se le pasaba el arroz, sencillamente porque ya se le había pasado. Mónica decía entre resignada y crédula que tenía que cuidar de su hermano menor, con síndrome de Down, y de sus padres ya mayores. Quizás porque Julio Alberto le preguntaba regularmente por ellos, como si le encomendara la tarea de cuidarlos.

La mujer de Julio Alberto es mucho más joven que él. O al menos, lo aparenta. Viste, se peina y se maquilla con el cuidado exquisito de una barbie numeraria. Le ha dado dos hijos. La mayor se casó hace poco y vive en México, D.F. El menor, Luis Felipe, se prepara para suceder a su padre. Después de un master y dos años en Vodafone UK bajo la tutela de un amigo, ahora desempeña el cargo de Adjunto a Gerencia en Panaderías Reunidas, en un pequeño despacho contiguo al de su padre.

Cuando Mónica llamaba a la mujer de Julio Alberto para ponerle con su marido -la anécdota recurrente que conocen todos los empleados de Panaderías Reunidas-, nunca olvidaba comentarle sobre el humor o el aspecto de él, como si su función de secretaria personal fuera una subdelegación por horas del papel de la esposa. Desde que Luis Felipe se incorporó a la Empresa, Mónica también incluye al hijo en sus reportes.

Un par de años antes, Mónica avisó que no pensaba jubilarse cuando cumpliera los sesenta y cinco. Lo dijo con un tono de sacrificio tan exaltado que no le faltó más que haber tarareado aquella canción de Mocedades que alguna vez sonó en la radio del Tiburón Citroen DS. “Si usted, jefe, aguanta aquí al pie del cañón hasta los setenta, yo no seré menos que usted”. En Mónica el usted no sonaba igual que en los demás empleados, y no solo porque utilizara el coloquial “jefe”.

Julio Alberto le recordaba de vez en cuando que tenía que cuidar a su padre, a su madre, y a su hermano. Que los tres eran ya muy mayores, y que -sin reprochárselo- eran muchos los días que tenía que pedir permiso para acudir a alguna urgencia de ellos.

Julio Alberto le pidió a su hijo que se buscara una secretaria como Adjunto a Gerencia, ya que entre los dos estaban abrumando a Mónica. Un par de domingos más tarde el periódico trajo un anuncio que pedía “Secretaria de Dirección” para “Empresa líder del sector de Alimentación”. La agencia de recursos humanos que lo firmaba era la habitual de todos los procesos de selección de Panaderías Reunidas, la misma también que había llamado varias veces en los últimos días preguntando por Luis Felipe. Que el anuncio pusiera “Secretaria de Dirección” en lugar de “Secretaria de Adjunto a Gerencia” no le pareció a Mónica un detalle discordante, sino todo lo contrario. Lo había visto muchas veces en Julio Alberto, pero nunca pensó que se lo haría a ella. Como una esposa que empieza a ver los indicios de la infidelidad del

marido, pero que al final cree que prevalecerá su condición de legítima y madre de sus hijos, así Mónica pensó que cuarenta años de trabajo debían ser suficientes para protegerla.

A Mónica le hubiera gustado abrir el dossier que llegó seis semanas más tarde para el Adjunto a Gerencia. O escuchar las llamadas que encaminó días después entre el despacho de Luis Felipe y una tal Yolanda, que telefoneaba siempre desde móvil, no desde fijo. Cuando esa Yolanda se presentó una tarde a última hora, con su sonrisa de presentadora de televisión, Mónica supo que era la candidata como si ella misma la hubiera seleccionado. Su aspecto le recordaba la última vez, hace veinte años, que Edurne y ella se habían presentado a un concurso de secretarías, salvo que en lugar del conjunto de falda y chaqueta que entonces se llevaba, la nueva vestía pantalón con una cazadora de piloto que Mónica sabía que ella no se podría poner nunca sin sentirse ridícula. Sí, lo suyo seguía siendo la falda y la chaqueta, las ojeras y las mejillas abotargadas y el culo gordo y el pelo tintado con ese tinte para las canas que llevan todas las señoras mayores, por no hablar de las diversas tramoyas dentales que hacían de su sonrisa una farsa.

Mónica recibió a la aspirante, la introdujo a la antesala, la anunció a Luis Felipe y la estuvo observando a través del cristal, sabiendo que la otra la escrutaba a ella de la misma forma que evaluaba el mobiliario, el aire acondicionado, el modelo de teléfono y el de ordenador. La oficina se había reformado la última vez no hacía ni dos años, y todo era nuevo, salvo ella misma, que veía en la intrusa las mejillas tersas de la juventud que ella había perdido, y la talla 38 que a ella le había crecido hasta convertirse en una 48.

Cuando sonó el timbre del despacho de Luis Felipe, se sorprendió pensando en aquella muchacha que cuarenta años antes se había ido dando un portazo de una oficina de mala muerte para aterrizar en Panaderías Reunidas de la mano de Julio Alberto. ¿Qué era ella ahora, para sufrir que la hicieran pasar por aquello? Cuando le abrió a la nueva la puerta del despacho, no pudo evitar tratar de reconocer en Luis Felipe los rasgos y gestos de su padre. ¿Era así como Julio Alberto se había levantado entonces a saludarla y la había encandilado? Cuando cerró la puerta, tuvo que ir al baño a componer su cara.

Volvió y se entretuvo en nada, removiendo papeles y abriendo y cerrando ventanas en el windows. No oyó abrirse la puerta del despacho hasta que Julio Alberto le dijo: “Mó-mónica, por Dios, es su hora, váyase a casa”. A Mónica le entró una risa un poco amarga, y quiso hacer una broma acerca de la nueva, pero no se atrevió a decirlo: Jefe, ¿me van a aplicar el Plan Renove para secretarías? ¿Me van a bajar a la planta de distribución para tenerme encerrada en la garita ocho horas como Vicente, contando sin parar el dinero que traen los repartidores hasta volverme loca porque no cuadra? No se atrevió a decirlo. Recogió y se marchó a casa, dejando que la leucemia de su hermano y los achaques de sus padres emborronaran su mente durante las semanas que siguieron, para no pensar en lo que adivinaba que iba a ocurrir.

Un mes más tarde, Julio Alberto la llamó al despacho delante de su hijo: “Mó-Mónica, nos tenemos que preparar para el relevo. ¿Usted se ve de secretaria con mi hijo, cuando yo no esté?” El jefe, al que tanto le gustaba jugar con las palabras, bautizó a la nueva como “secretaria adjunta”. “Pór-pór-tese bien con ella, Mó-Mónica”, le dijo al salir.

La secretaria adjunta llegó a la mañana siguiente vestida y maquillada con la contundencia de una starlet que ha amarrado ya el contrato y viene a tomar posesión del escenario. Seguramente que aquella mañana se habría levantado excitada antes de que el despertador le hubiera cantado la hora, de la misma manera que Mónica apenas había podido conciliar el sueño repasando toda su vida en el brevísimo instante de una noche, desde su primer momento de gloria, cuando mandó a tomar viento a aquel zoquete del taller mecánico y desembarcó rumbosa en el despacho de Julio Alberto, hasta los últimos reveses de salud de su familia. Y por en medio, una larga escalera de pequeñas decepciones que la habían llevado peldaño tras peldaño hasta el fondo de aquel pozo. Tenía sesenta y cinco años y todo, familia y trabajo, se iba por el sumidero. Sólo era la amiga soltera de su amiga Edurne.

La oficina asistía aquella mañana al espectáculo que ya se venía anunciando en corrillos desde hacía algunas semanas. La función tuvo, sin embargo, un final abrupto: a las diez de la mañana llamaron a Mónica para

decirle que su hermano había ingresado de urgencia. Mónica sintió que su hermano, al que tanto tiempo había dedicado y por el que había renunciado a tantas cosas, le echaba un capote en el último momento para librarse de aquella humillación. Edurne, que solía cubrir las ausencias de Mónica, se encargó de instruir a Yolanda, la nueva.

Cuando falleció el hermano, Julio Alberto le pidió que se tomara unas vacaciones y descansara por el esfuerzo de toda una vida. Las vacaciones le sirvieron para enterrar a su madre, algo que se hace con poca dificultad, porque siempre hay plazas libres esperando en el tanatorio y en el cementerio. En cambio, para que ingresaran a su padre en una residencia para grandes dependientes, Edurne tuvo que hacer de hermana mayor y gestionarlo todo.

Este año, una semana antes de Navidad, Julio Alberto se asoma al vestíbulo y dice: “Yo-Yo-Yolanda, llame a Edurne y que le ayude con lo de Navidad. Ah, y pregúntele cómo está Mónica, si estará en condiciones para ir a la cena”

– ¿Vas a venir a la cena? Julio Alberto me lo ha preguntado -Edurne no quiso decir que quién la había llamado había sido Yolanda, la nueva.

Mónica no respondía. Con su cara anestesiada como si acabara de salir del dentista, a Edurne le pareció estar viendo una merluza expuesta sobre un lecho de hielo picado en el mostrador de la pescatería.

– Coño, Mónica, di algo. ¿Qué te pasa?

– ¿Sabes una cosa? -Mónica estaba tratando de recordar qué le había dicho exactamente a aquel cenutrio del taller mecánico- Son todos iguales.